



La Navidad para un Chanchito



Hola! Mi nombre es León, soy un chanchito que me han traído al matadero para transformarme en el plato principal de la cena de navidad de alguno de ustedes. En el poco tiempo que me queda quisiera relatarles lo triste que ha sido mi vida.

Mi mamá Leonora.

Ni mi mamá Leonora ni yo hemos tenido una existencia feliz, ya que como cerda reproductora ella ha llevado una vida todavía más dura que la mía. Nos contó una vez que le oyó decir al granjero que sólo era una máquina que vivía para producir salchichas.

La gestación.

Su vida se ha centrado en la inseminación artificial, sin ningún contacto natural con los miembros de su especie, salvo el de sus crías. Durante casi todo el periodo de gestación -que dura cuatromeses-, la encerraron y encadenaron en una jaula metálica individual que le impedía darse la vuelta, estirarse o rascarse, debiendo permanecer todo el tiempo tumbada o levantada porque la comida es cara, y un menor gasto de energía significa un ahorro económico.

El encierro.

Una semana antes de que yo naciera se la llevaron a otro sitio, pero cualquier esperanza de mejoría de su calidad de vida durante el parto se desvaneció cruelmente cuando la metieron en un pequeño nicho compuesto de un estrecho sistema de barras metálicas creado para evitar que nos aplastara al tumbarse, dejándonos sólo el espacio suficiente para poder mamar. Todos sufrimos las terribles consecuencias del estrés que genera el estar enjaulados. Nos contó como se lanzó contra los barrotes de acero, chillando desesperadamente cuando la encerraron; ella, que hubiera deseado tanto prepararnos un nido, como acostumbran a hacer todas las cerdas que disfrutan de esa libertad; que hubiera recorrido mas de 30 km, hasta encontrar un nido mullido para el parto, mordía las barras de metal, babeando, a veces con las pupilas dilatadas a causa de su estado de frustración. ¿Cómo es posible evitar la locura permaneciendo totalmente inmóvil sin poder ayudar a sus crías a nacer? Nos contó que las cerdas se sienten tan frustradas por los barrotes de su encierro que algunos lechoncitos a veces nacían muertos. Durante el periodo de lactancia no pudo ocuparse de nosotros como lo hubiera hecho cualquier madre con sus hijos, ni siquiera podía vernos, excepto cuando nos situábamos cerca de su hocico. Lo peor de todo es que no existía ninguna justificación para mantenerla enjaulada, porque -igual que sucede entre nuestros primos cercanos los jabalíes-, si en condiciones normales una jabalina no aplasta a sus jabatos, nuestra madre tampoco lo hubiera hecho. Todos podríamos haberlo pasado mucho mejor si hubiéramos tenido más sitio para movernos, pero la falta de espacio se debía a razones de "productividad" y "rendimiento", y los granjeros preferían aprovechar al máximo el espacio poniendo el mayor número posible compañeros juntos. El suelo era de cemento, con un enrejado metálico para eliminar más fácilmente los excrementos, pero como los granjeros no querían

De todo es que no existía ninguna justificación para mantenerla enjaulada, porque -igual que sucede entre nuestros primos cercanos los jabalíes-, si en condiciones normales una jabalina no aplasta a sus jabatos, nuestra madre tampoco lo hubiera hecho. Todos podríamos haberlo pasado mucho mejor si hubiéramos tenido más sitio para movernos, pero la falta de espacio se debía a razones de "productividad" y "rendimiento", y los granjeros preferían aprovechar al máximo el espacio poniendo



el mayor número posible compañeros juntos. El suelo era de cemento, con un enrejado metálico para eliminar más fácilmente los excrementos, pero como los granjeros no querían complicarse la vida con la limpieza, echamos de menos la paja que nos habría permitido tener un pequeño universo para explorar o algo para masticar y remover con el hocico. Fue muy triste... Como no teníamos nada con que entretenernos empezamos amordernarnos los unos a los otros -sobre todo la cola- hasta que alguien vino a marcarnos las orejas y nos cortaron los rabitos sin anestesia. Cuando se hartó de oírnos gritar de dolor se enfadó y nos dijo que nosotros todavía teníamos suerte porque a otros, en un criadero cercano, también se les cortan los dientes caninos para evitar problemas. No parecía comprender que él era el origen de todos esos problemas, pues en condiciones normales no nos comportamos como caníbales ni somos tampoco tan agresivos.

La separación.

A la edad de tres semanas nos separan para siempre de nuestra madre y, aunque a otros los separan antes, nos pareció demasiado pronto. En realidad, el destete no debería hacerse antes de las siete u ocho semanas, pero así consiguen que Leonora tenga en dos años cinco partos en vez de cuatro. Mamá nos explicó que los humanos lo llamaban "lógica del beneficio", que significa que sólo producirá lechoncitos durante tres o cuatro años hasta que acabe deformándose su cuerpo, desgastado por los continuos partos y el terrible cautiverio que sufre totalmente inmóvil. En estas condiciones su productividad no tarda mucho en caer y su destino, igual que para otros cerdos, es el matadero y sus platos. Cuando se la llevaron para inseminarla de nuevo se despidió de nosotros y nos dijo que seguramente seríamos una de sus últimas camadas. Es desgarrador para una cerda separarse tan pronto de sus cochinitos. Al quedarnos solos aumentó el nivel de estrés y llegaron a darnos más medicamentos, mayormente antibióticos. Nos sentimos tan afectados que empezamos a sufrir enfermedades intestinales, incluso disentería, sobre todo infecciones pulmonares, a causa del amoníaco que emanaba de los excrementos que se iban acumulando debajo nuestro -parece que a veces esto también les afecta a los humanos-. Muchos de mis hermanos cojeaban y mis miembros también se fueron formando progresivamente, pero tuve la suerte de no sufrir necrosis -muerte local de las células y tejidos en el organismo vivo- como otros.

El engorde.

De vez en cuando alguno de nuestros compañeros moría súbitamente y el granjero decía que esas muertes fulminantes se debían al estrés del cautiverio y que era más rentable que murieran algunas bestias que darnos más espacio y paja. El crecer en esas condiciones anormales hizo que nuestras relaciones se deterioraran y hubo peleas y mordiscos, creándose una jerarquía

exacerbada donde la situación de los más débiles empeoró rápidamente. Algunos caían en redondo y, muchos como yo, mordíamos los barrotes de los pequeños nichos donde nos enjaulaban. En cuanto a la comida, siempre nos daban la misma mezcla insípida.

El tedio y la enfermedad.

La monotonía de nuestra existencia sólo se vio interrumpida cuando vinieron a castrarnos, sin anestesia, lo que aumentó aun más el estrés, los chillidos y las peleas... Nuestra comida siguió siendo una mezcla llena de productos químicos para engordarnos rápidamente. Nuestras hermanas -de las que nos habían separado- recibían más hormonas y esteroides que nosotros para tratar de aumentar el número de cerditos de sus camadas y estabilizar su ciclo de fecundidad, entrando -según los criadores- en "un esquema de explotación" mucho más largo que el nuestro, aunque esos años suplementarios significaban para ellas más sufrimiento. Después de cebarnos durante unas veinte semanas esperábamos el "gran viaje", en nuestro último encierro. Yo ya me había resignado, porque comprendí que no nos trataban como a seres vivos, sólo éramos carne con patas: "Máquinas para transformar terrones de alimento balanceado en jamón", según decía nuestro criador. De todas formas nos habría seguido tratando como mercancías, incluso si hubiéramos disfrutado de una mayor libertad, en vez de vivir en este lúgubre sistema de cría intensiva. Al llegar al último cajón individual, donde me mantuvieron encadenado hasta alcanzarlos cien kilos de peso, mis miembros deformados me dolían y empecé a toser bastante otra vez, debido a una nueva infección pulmonar. La total inmovilidad que sufría me permitió comprender perfectamente lo que mi mamá Leonora sentía.

El transporte.

Cuando llegó el día del tan mentado viaje, todos estábamos tan alterados y angustiados con el miedo que sentíamos hacia lo desconocido que los camioneros se irritaron y se la agarraron con nosotros. Después de haber estado encadenados durante semanas a los tablones de nuestro encierro, teníamos gran dificultad para andar, y esto les hizo enfadarse y golpearnos para obligarnos a salir, pero en el corral nos fuimos concentrando delante de la rampa de subida al camión, desorientados por nuestros chillidos y los gritos de excitación que proferían los hombres contra nosotros. Uno llevaba una picana eléctrica con el que nos atizaba para obligarnos a avanzar, y todavía no he podido superar la impresión que me causó ese dolor tan penetrante, como una quemazón extraña que sentí por todo el cuerpo, mucho más allá del ano, donde me atizaban para no estropear mi "carne". Finalmente, cuando logré subir a tropezones, comprobé desde arriba que no me había ido muy mal, al ver caerse a mi hermano Luis -que siempre fue muy asustadizo, pero a quien todos queríamos-, moviendo frenéticamente las patas, agitado por las convulsiones que le producían las descargas eléctricas que le daban. Luego se calmó, pero siguieron maltratándolo y dándole patadas. "Vaya basura, creo que el corazón le ha dejado de latir..." dijo el hombre que se le acercó, tras lo cual el granjero y él lo retiraron hacia un lado, con dificultad, debido a su peso. Era inconcebible que el granjero no increpara en absoluto al transportista, que no cesaba de aplicarle descargas, y él también empezó a propinarle fuertes patadas con las botas mientras le insultaba: "¡Montón de carroña, será mejor que aguantes hasta el matadero, por lo menos te venderé como alimento para perros... Bolsa de mierda!". Después llegó el momento de la salida, dejando atrás a Luis, cuya agonía acabó antes de terminar la carga. Era la primera y última vez que veíamos los hangares y, según nos íbamos alejando, me acordé de Leonora y de todos los compañeros que se quedaban atrás. Estábamos amontonados los unos

contra los otros y apenas podíamos respirar. Durante el viaje pasamos delante de una carnicería que tenía la vidriera decorado con tres cerditos limpios y sonrosados, manifestando alegría ante la idea de ser despedazados para servir de comida a gente malvada, pero a nosotros no nos resultó nada divertido. Finalmente paramos delante de un largo edificio que parecía una fábrica y empezaron a hacernos bajar de los camiones, empujándonos tan brutalmente como a la subida.

El jamón en nuestra carne.

Es por esto que debo darme prisa en terminar de contarles este relato, porque sé que ya no tengo mucho tiempo. En Francia se devoran más de 18.500.000 de mis congéneres cada año, a pesar de que los estudios científicos demuestran que somos casi tan inteligentes y sensibles como sus tan apreciados perros y gatos. Quienes aceptan nuestra compañía comprueban que tenemos un carácter travieso y afectuoso, y si volviésemos a nuestro estado natural, quiera Dios algún día, seríamos tan activos y curiosos como los jabalíes. Algunos también piensan que no somos limpios, porque ciertos granjeros nos imponen unas condiciones de vida carentes de toda higiene, pero son ideas sin fundamento. Sólo quiero que sepan lo que he tenido que soportar antes de acabar como la salchicha o el jamón de sus platos, y además para que puedan contárselo a los demás. En el peor de los casos, esto podría mejorar nuestra calidad de vida, aunque para acabar totalmente con nuestro holocausto tan sólo hace falta adoptar un régimen vegetariano.

El matadero.

Al fondo veo a uno de los ayudantes del matarife con unas grandes pinzas eléctricas. Parece que nos las va a poner sobre la cabeza, entre los ojos y las orejas, para aturdirnos y evitar que nos demos cuenta de lo que sucede inmediatamente después, cuando nos cortan la garganta, pero a menudo no funcionan por diversas razones: porque no las aplican el sitio adecuado, debido a las prisas de los matarifes (¡el rendimiento otra vez!), a causa de un voltaje demasiado bajo, porque transcurre mucho tiempo hasta que nos asestan la cuchillada en la yugular, permitiéndonos recobrar el conocimiento antes de ser degollados... Además, la muerte tampoco nos sobreviene inmediatamente después de recibir la herida mortal. Algunos, incluso colgados de



una pata -con unacadena que nos arranca la piel-, agitan los miembros violentamente, mientras que van perdiendo su sangre... camino de la máquina de escaldar. ¿Tendré suerte o quizá tampoco "acierten" conmigo? Me están empujando y creo que pronto lo sabré... chillo y pongo resistencia... por última vez...

Si querés interiorizarte acerca de cómo podés ayudar a los chanchitos a pasar una navidad con más amor y menos crueldad, acercate a la Unión Vegetariana Argentina (<http://uva.org.ar>) o a cualquiera de las siguientes páginas web:

- <http://www.ivu.org/spanish>
- <http://www.petaenespanol.org>
- <http://www.veganoutreach.org>

Te esperamos!

